

LIBRO IV

LAS CUATRO ESTACIONES

I

AUTO DE FE EN LA CHIMENEA

“Febrero loco...” —dice el adagio;—y, con efecto, después de aquella horrible noche de huracán y ventisca, amaneció un espléndido día de casi primavera, en que el sol andaluz fué enjugando las lágrimas que aun bañaban la faz de Cibeles, ó sea evaporando las gotas de lluvia y las filagranas de escarcha que relucían en alamedas y sembrados.

A la una de la tarde, solamente en las umbrías del jardín del rústico palacio veíase ya tal ó cual faja de atarida nieve; y por cierto que allí, y no en ninguna otra parte, era donde había flores, las primeras flores del año, esto es, humildes, y heroicas violetas, que Guillermo y Julia buscaban despiadadamente entre las verdes hojas abrillantadas por el hielo, lanzando infantiles gritos de júbilo cada vez que hallaban algún ejemplar muy grande, fresco y oloroso...

—¡Mira!... ¡Mira qué primor!...—se decían cortando al punto aquella violeta y cediéndosela galantemente...

Y de aquí resultaba que cada cual iba haciendo su ramo con las florecillas cogidas por el otro; si ya no era que el amante prefería colocar alguna entre los sedosos cabellos de la amada, ó que la amada las ponía en el ojal de la americana del amante. *Sævi inter se conveniunt ursi.*

—Señores: ¡la comida!—dijo en esto desde un balcón el tío Antonio, fingiéndose deslumbrado por el sol hasta el punto de tener que taparse los ojos con la mano.

—¡A comer!...—respondió alegremente la Marquesa. —¡Y quiera Dios que la pobre Francisca haya estado inspirada! ¡Yo tengo mucha hambre!

—¡Y yo ardo en deseos de beber agua en la célebre jarra de búcaro!...—expuso Guillermo.—Digo... ¡porque supongo que me la cederás!...

—¡Téngala por cedida el señor Diputado!...—replicó ella.—En cuanto á cosas de mayor substancia, ya daré luego mis órdenes para lo sucesivo, á fin de que vuestra señoría no lo pase del todo mal en este palacio encantado...

La comida fué deliciosa, ya que no por su lujo ó su elegancia, por la clásica naturalidad de unos manjares, por la indisputable solidez de otros, por el buen arte primitivo con que estaban condimentados, por el rico mosto (añejo del país) que, no sin sorpresa de Julia, suministró la bodega del caserón, donde dormía intacto y en gran cantidad desde los tiempos del último Marqués, y por los donaires y gracias con que la felicísima Pródiga y el embelesado ingeniero-poeta saludaron y sazonaron cada plato.

Lo único un poco triste que hubo en el banquete fué el rostro de la tía Francisca, donde el pudor batallaba á veces con la humildad, el cariño y el respeto... Pero los dos amantes eran demasiado dichosos aquel día para hacer alto en el sonrojo de una pobre anciana ó lo atribuyeron al natural temor de no acertar á complacerlos con sus campestres guisos.

Ya estaba tratado que, después de comer, darían un paseo por todo el valle, montando Julia en el caballo que Guillermo había comprado la víspera á su grande elector, y Guillermo en la jaquilla de mala muerte que solía montar Julia. Hallábanse, pues, de sobremesa cuando entró José más encarnado que la grana, y dijo, mirándose las uñas:

—Señora: los caballos están dispuestos.

—¡Vamos allá!...—respondió la *Marquesa* gozosamente.—Con tu permiso, Guillermo, y para que veas que aquí se te hacen todos los honores, voy á ponerme mi traje de amazona... ¡No tardo nada!... Tú, José, nos seguirás en el mulo, á fin de guiarnos si subimos al monte, y para tener nuestras cabalgaduras cuando echemos pie á tierra...

El rústico se inclinó y salió sin añadir palabra, pero no sin haberse puesto antes muy amarillo; en lo cual tampoco pararon mientes nuestros enamorados, á quienes harto había caído que hacer en tal momento con la pena de separarse por algunos minutos.

—Hasta luego...

—Hasta luego...—se habían ya dicho cuatro ó cinco veces con amoroso afán, cual si se tratara de la más cruel y solemne despedida...

—Yo voy á ponerme las espuelas...—añadió Guillermo, finalmente.—¿Dónde nos reunimos?

—Aguárdame en la glorieta del jardín... ¡Ya sabes!

—Sí... ¡ya sé!... En nuestra glorieta...; en *la del 1.º de Octubre*.

—¡Justo y cabal, seor mal hombre!...

—¡Bendita seas!—Conque ¡no tardes!

—No tardo...

—Hasta luego, alma mía...

—Hasta luego, mi alma...

Y, con efecto, no había pasado un cuarto de hora cuando estaban otra vez reunidos en la famosa glorieta, ya visitada por ellos devotamente aquella mañana en conmemoración de su primer diálogo de amores.

Julia iba hermosísima con el traje de amazona, que ponía de relieve toda la elegancia escultural de su talle, y después bajaba al suelo en dilatados paños informes, como se ve en aquellas estatuas griegas cuyas desprendidas ropas componen una sola masa con el pedestal. El alto sombrero masculino, adornado con vaporoso velo azul, aumentaba la nobleza y también la gracia de su aristocrático semblante, que el amor y el contento sonrosaban primorosamente, cual si aquella diosa de naturaleza inmortal tuviera siempre veinte años.

Guillermo vestía un elegante traje de pana gris, propio para los trabajos de campo de su profesión de ingeniero, con polainas y canana de ante, y cubría su cabeza artístico sombrero calabrés. Salvator Rosa no habría imaginado tipo más varonil y gallardo para sus famosos... montañeses; pues es de advertir que nuestro joven lle-

vaba también, colgado á la espalda, un excelente rifle inglés puro, por si se presentaba ocasión de cazar algo.

Pasado que hubieron los dos *novios* al gran patio del edificio, las sonrisas galantes con que mutuamente se habían cumplimentado por su ventajosa vestimenta, se trocaron en risas, iniciadas por Julia, á propósito de la ruin alzada de la jaquilla que iba á montar el bizarro Guillermo y de la anticuada forma y abigarrado lujo de la montura (procedente de cierta Marquesa del *Abencerraje* contemporánea de Felipe IV), en que á duras penas fué encaramada *la Pródiga*... con el auxilio del caballero y del tío Antonio.

Nuestro buen José habíase reducido en aquella ocasión á tener sujeto por el bocado, y sin mirar á parte alguna, el no muy brioso nuevo huésped de las cuadras de la cortijada, y, cuando la amante pareja salió al fin por el ancho portón, al trote y pasi-trote de sus desiguales cabalgaduras, el pobre mozo, en vez de montar y partir también, púsose á mirar desde lejos á su aparejado mulo, como preguntándole qué papel iban á representar ellos dos á retaguardia de la Señora y del cortesano... Pero un fuerte y elocuentísimo pellizco del tío Antonio lo sacó de sus temerarias meditaciones, y le hizo montar más que á prisa y correr á ocupar su puesto en la cabalgata.

Guillermo y Julia habían refrenado un tanto los que no podemos llamar sus *corceles* ni sus *bridones*, y pasaban muy despacio por entre las casuchas de la cortijada, para que el príncipe morgánatico del *Abencerraje* fuese conociendo ó, más bien dicho, dándose á conocer á los que ya eran sus convecinos y semisúbditos...

Estos, ó sea éstas (pues á aquella hora casi todos los

hombres se hallaban en el campo); las mujeres é hijas, digo, de los diez ó doce labriegos y pastores de la heredad, se asomaban á su respectiva puerta, al oír gritar á los chiquillos que se revolcaban en el estiércol:—“*Madre! ¡Madre!... ¡El Amo!... ¡Allí viene el Amo con la Señora!...*” Pero, en seguida, al verlos ya cerca de su pobre tugurio, se escondían en él apresuradamente, como temerosas de que su vista molestase aquella tarde á doña Julia, ¡cuando siempre habían salido á saludarla llenas de confianza, gratitud y alborozo!... Y, en fin, luego que los dos ilustres jinetes rebasaban la puerta, volvían á asomarse las más curiosas, para seguirlos con mirada equívoca, no sin aprovechar la ocasión de hacer á José (que los escoltaba á respetuosa distancia) tal ó cual seña ó mohín, cuyo sentido no habrían bastado á explicar muchos centenares de vocablos.

En cambio, el tío Juan el mulero, que, dicho sea de paso, era viudo, había dejado de volverse al campo después de comer, y estaba plantado delante de su puerta, por tener noticia de que los *señores* iban á salir de paseo... Diplomático natural, y abogado de secano en toda regla, urgíale mucho captarse la benevolencia del nuevo poder, ó sea del eventual esposo de *la Señora*, á fin de que protegiese también el casamiento de su hija con el único heredero del riquísimo capataz.

Quítese, pues, el sombrero hasta los pies, y preguntó por la salud á Guillermo, aun antes que á Julia, gritando á continuación:

—¡Muchacha!... ¡Brígida!... ¿Qué diablos haces ahí dentro? ¿No ves que sus excelencias están aguardándote?

Brígida se presentó, como en un marco, en medio de la reducida puerta de su casa, sin atreverse á pasar de allí. Saludó encogidamente á Julia con una sonrisa; miró de reojo y con disimulo á Guillermo, y luego bajó la vista y comenzó á estirar y revolver entre los dedos los picos de su delantal de anascote.

La novia de José era una beldad de cortijo, con todos los primores que agradan á los rústicos. Tenía, por ejemplo, una mata de pelo tan abundante y disforme, que parecía increíble que aquella mozuela pudiese aguantar el peso de sus abultados tufos y anchísima castaña. Diríase, hablando en el estilo de tales gentes, que *aquel pelazo*, negro y lustroso como el azabache, *se la comía*, y que por eso estaba siempre *quebrada de color*. No merecía ya, empero, su antiguo sobrenombre de *la Descolorida*, pues un leve matiz de rosa comenzaba á transparentarse bajo su cutis, en lugar de la amarillez linfática á que bárbaramente aludió José en cierta ocasión. La boca de Brígida era demasiado pequeña, y ella procuraba empequeñecerla más, correspondiendo así al mal gusto campesino, que prefiere y encomia las bocas parecidas á un hociquillo de ratón. Sus grandes ojos negros no carecían de gracia, en medio de la seriedad y quietismo de aquel semblante de anémica, y coronábanlo dos cejas enormes y casi corridas, como las del Judío Errante, que constituían el verdadero orgullo de la castísima prometida de José, desde que éste las hizo objeto de no sé qué inicuo madrigal... Añadamos que era de más que mediana estatura, y que, para resultar esbelta, sólo le estorbaban dos ó tres de sus cuatro refajos y algunos de los veinticinco alfileres con que afianzaba, sobre desgarradísimo jubón, un esti-

rado pañuelo de coco, y ya tendremos retratada de cuerpo entero á la relamida y taciturna princesa desdeñada por el acérrimo paje de *la Pródiga*.

—Necesito hablarte... Vé á verme mañana por la mañana...—le dijo la Marquesa, haciéndole un guiño en que figuraba como implícita la personalidad de José.

La joven se ruborizó levemente y volvió á sonreirse: el viejo mulero hizo nuevas zalemas, y nuestros dos amantes, fuera ya del caserío de la cortijada, pusieron otra vez sus caballos al trote cochinerero.

Apacible y risueño estaba el campo aquella tarde, como un convaleciente el primer día que deja el lecho y es conducido á la alegre estancia bañada por el sol... Los trigos tenían ya medio palmo de altura, y ostentaban aquel verde purísimo y lleno de promesas que ha hecho de este color el símbolo de la esperanza. Las pardas alondras andaban á saltos ó tendían su corto y bajo vuelo sobre las anchas veredas ó angostos carriles de la heredad, sin asustarse gran cosa de nuestros jinetes: antes bien parecía que iban muy regocijadas delante de ellos, enseñándoles el camino. Tenían ya flor los madrugadores almendros, y relucían, próximas á estallar, las yemas de las mimbres y de otros arbustos de endeble y menuda hoja, como demostrando que la impaciencia y la temeridad son caracteres infalibles de la inexperta juventud, supuesto que los árboles grandes y fuertes no daban todavía señales de creer próxima la llegada de la primavera.

Julia y Guillermo creían, en tanto, haber vuelto á la de su vida ó la de sus ilusiones amorosas. Renegaban de lo pasado, ó imaginábanse no haber existido hasta entonces, y se prometían gozar en innumerables días futu-

ros, semejantes á aquel en que tan regocijados estaban, la felicidad positiva y permanente que ya, más de una vez, habían juzgado imposible sobre la tierra.

Acaso Julia no formulaba el porvenir en términos tan categóricos, sino que, por el contrario, procuraba adormecer su espíritu en la embriaguez de la dicha presente, y esforzabase por no divisar el temeroso *mañana* de su último amor; pero Guillermo, que, como más joven, era también más temerario en la esperanza, al modo de los impacientes arbustos ya dichos, daba libre curso á su soñadora fantasía, y llenaba todo el resto de su existencia y toda la extensión de aquel valle con indefinidos proyectos de paz y ventura..., adicionados con planes de útiles y gratos entretenimientos, en que su misma actividad intelectual hallase pasto, júbilo y recompensa...

No hubo, pues, cosa ni sitio del llano ni de la montaña que no abarcara ni trastornara el poeta-ingeniero con su poderosa imaginación durante aquella primera y rápida visita... Tal paraje sería á propósito para pescar en el río; tal otro para cazar en el monte: entre aquellas altísimas peñas se podría sestear el verano: bajo aquellos árboles leerían y dibujarían juntos las mañanas de primavera: para jiras de invierno nada como la solana cubierta de olivos: para gozar de la vendimia, construirían una choza en el viñedo. El manantial de agua potable merecía ser encerrado en una gruta artificial de risco y musgo, con toscos asientos, desde donde ver fluir la bullente linfa. En la era de pan-trillar colocarían en el estío una tienda de campaña, á fin de dormir alguna noche entre los haces, la parva y los montones de trigo aventado. Además, y no ya como asunto de recreo, sino

como importantísima mejora, que quintuplicaría el valor del cortijo, se podía hacer una presa de tres metros de altura, en la garganta por donde el riachuelo entraba en el valle, y meter así en riego cien fanegas de tierra que á la sazón eran de secano, amén de aprovechar cierta hondonada que había entre dos colinas, para depositar, por medio de la nueva acequia, en una especie de gran balsa ó pequeño *lago*... (¡desde luego se le daría este pomposo nombre!), agua suficiente para regar muchas hazas de maíz y muchas hortalizas, cuando los calores caniculares secasen el río...

—Piedra excelente para la presa la hay en ese monte... —concluyó Guillermo, irguiéndose sobre los estribos y dominando todo el terreno con su mirada de águila.— Esta otra es una soberbia caliza, que reduciremos á cal para hacer mezcla. La acequia nueva correrá por aquella altura, y desde el *lago* bajará encañada una sangría especial, con dirección al huertecillo que domina los grandes gallineros del palacio, á fin de que el agua entre saltando en el jardín y forme una sonora cascada á cuatro pasos de *nuestra glorieta*. La glorieta quedará entonces, á modo de isla, en medio de un hermoso estanque, y se pasará á ella por rústico puente... Yo, como ingeniero, dirigiré todas las obras mencionadas, y, como hombre desocupado, tendré sumo gusto en construir gran parte de ellas con estas manos que no han de volver á usar guantes. Por lo demás, tan útiles reformas costarán muy poco, y yo las pagaré de mi bolsillo, si vucencia me lo permite; con lo que me cabrá el alto honor de ser dueño de alguna cosa, ó poseedor de algún derecho, en estos sus hospitalarios Estados.

Julia se reía dulcemente, oyendo embelesada al impetuoso joven; y, sólo cuando le hubo hablado de las consecuencias pecuniarias de aquella especie de terremoto con que pensaba revolver y metamorfosear toda la finca, respondiéndole, afectando, la más chistosa gravedad:

—El señor Ingeniero se servirá hacer un presupuesto de todas esas obras, que nos parecen convenientísimas; y, si el estado de nuestro tesoro lo consiente, como es más que probable (pues todavía nadamos en la abundancia), se ejecutarán en seguida... Ahora: si nos faltaren recursos para tanto, le reconoceremos en nuestros dominios la parte de propiedad correspondiente á lo que gaste y á las mejoras que ese gasto produzca. Quedamos, pues, aguardando el presupuesto, y nos reservamos el derecho de poner nombre á la futura *isla*.

Discutiendo sobre si este nombre sería *Julia* ó *Guillermo*, ó *El 1.º de Octubre*, pasaron nuestros enamorados el resto de aquel inolvidable y brevísimo día (que pareció á José más largo que la eternidad), y ya tendía sus primeros velos la noche cuando regresaron al cortijo, saludados al paso por los labradores que volvían de sus nobles faenas, y seguidos de la sorda rechifla con que los mozos y las mozas se burlaban, no ya de la amartelada pareja, sino del pobre y enfurruñado convoyante.

De vuelta en el palacio, y previa otra solemne cita con Guillermo (para cinco minutos después en el salón), Julia se dirigió á su departamento á mudar de traje; y, habiendo llamado allí al atribulado tío Antonio, díjole con voz y tono que, aunque afables, no admitían réplica:

—Mañana mismo harás que venga el Notario de la villa y te venderé el cortijo en el precio que quieras. No

tienes que darme el dinero, sino que lo guardarás, y me lo irás entregando según que yo lo necesite y te lo pida. Otra cosa: ¡Jamás consintáis que don Guillermo pague nada, absolutamente nada, de su bolsillo!... Será lo único en que no le obedeceréis. Conque hasta luego, Antonio de mis entrañas... Cenaremos á las ocho en punto.

Cuando Julia llegó al salón, ya estaba allí Guillermo.

Ardía en la chimenea una carga de encina, y los dos sillones y el velador ocupaban el lugar de costumbre. Los dichosísimos amantes se pusieron á distribuir las horas del día siguiente, y resultó que sería corto para lo mucho que tenían que hacer y que disfrutar... Extender el presupuesto de las obras; visitar la cantera que suministraría piedra para la presa y la muralla del lago; elegir el sitio en que se quemaría la cal; señalar los álamos que habría que echar al suelo para sacar de ellos tablas y tablones; tomar, ante todo, el chocolate en la glorieta del jardín; almorzar luego en la huerta; comer en la torre, cuya escalera restauraría el mulero; conferenciar con Brígida; hacer la escritura... (de esto no habló *la Pródiga*); coger violetas; ver si tenía compostura cierto clavicordio; pasar revista á las palomas; esculpir las iniciales J. y G. en el tronco de cierto árbol con que se habían encariñado mucho aquella tarde...; ¡qué sé yo cuántas cosas tenían que hacer al día siguiente Guillermo y Julia!

Respecto de la noche que estamos reseñando, nos limitaremos á transcribir la conversación que entablaron después de cenar, con motivo de la llegada de *La Época*; no sin advertir antes al que leyere, que el encargado de entrarla en el salón fué aquella noche el tío Antonio en

persona, y que, no José, sino Frasco, el pastor, había ido al obscurecer á buscarla al pueblo...

—¡Periódicos aquí!—exclamó indiferentemente Guillermo.—¡Nunca lo hubiera imaginado!

—Ni yo los había tenido jamás... hasta después de conocerte...—respondió Julia con amorosa sencillez.

—¡Es decir...—prorrumpió muy gozoso el gran orador—que te suscribiste á *La Época* para espiarme desde tu retiro!...

—Di más bien para tener noticias de las victorias parlamentarias del diputado Guillermo de Loja... ¡Estaba tan segura de ellas!... ¡Me habías hablado á mí tan elocuentemente en el jardín!... Porque ¡cuidado si me dijiste cosas agradables!... ¡Todavía me asombro de haberte dejado marchar tan enojado!

—¡Ah! Julia... ¡Eres divina!... ¿Cómo no quieres que te adore?

—¡Alto ahí! ¡Eso era antes!... Ahora, señor mío, quiero ser adorada, y toda adoración me parecerá poca...

—De modo... ¿que leiste mi discurso?...—tartamudeó poco después Guillermo.—No creas que dejó de ocurrírseme, cuando lo pronuncié, si tendrías algún periódico... Pero deseché la idea como estrafalaria...

—¡Porque no sabes lo que es amar!...—contestó *la Pródiga*, cruzándose de brazos y mirando al techo.

—Algo se me alcanzará en la materia—replicó el joven—cuando pocas horas después de mi triunfo...

—¡Ah! sí... Me escribiste tu segunda carta...—interrumpió vivamente Julia.—¡Ya confronté las fechas!...

—¿Y qué?

—Que agradecí en el alma tu generosidad...

—Pero ¡vamos!... Dímelo francamente... ¿Me aguardabas?—preguntó Guillermo con cierta inquietud.

Julia meditó un rato, y luego expuso con nobleza y ternura:

—Supuesto que ya has venido, te diré que no quería que vinieses; pero que... te aguardaba... ¡Y prueba de ello es que las maderas, ahora cerradas, de ese balcón que mira al Norte, ó sea hacia Madrid, no se habían cerrado ninguna noche este invierno, á fin de que la luz de mi hogar te sirviese como de faro en las tinieblas, cuando penetras en este valle, que carece de verdaderos caminos...

—¡Y de faro me sirvió efectivamente anoche!... ¡Ah, Julia!... ¡Eres inimitable! Tu apasionada dulzura, tu ingenio, tu gracia, y esa tu voz que te describí ayer, y los ojos con que me miras, y la boca con que me sonrías..., no tienen igual en el mundo... ¡Habría que ir al paraíso de amor soñado por Mahoma, y que civilizar á las huríes, para hallar una leve sombra de tus encantos!...

—No digas blasfemias contra aquel Alá en quien tan de veras creería el pobre *Abencerraje* que fundó este cortijo, y lee ese periódico, á fuer de buen cristiano, para ver qué diablos pasa en el mundo, donde todos te admiran, y saber si en algo puedes ser útil á tus semejantes...

—¡Líbreme nuestro Jehová de incurrir en tan feo pecado!—contestó alegremente Guillermo, sin reparar en la triste y profunda mirada con que lo observaba Julia al alargarle el periódico.—¡Puedes despedir la suscripción, por lo que á mí toca; pues desde ahora te respondo de que jamás leeré ese papel ni ningún otro que venga del mundo! ¡No quiero volver á saber de los que llamas mis semejantes! ¡Me basta con saber de ti, reina mía!

—Haces mal...—replicó Julia entre cavilosa y contenta.—Pero, en fin, ¡te agradezco la buena intención!... Y para que veas hasta dónde llega el fanatismo con que te amo, me adhiero por hoy (¡nada más que por hoy!) á tu insensata furia, y, en nombre del precitado Mahoma, condeno á ser quemado vivo, y con faja y todo, al más culto, elegante y morigerado de los diarios europeos!

Así dijo *la Pródiga*, y arrojó el periódico á la chimenea.

II

NUBE DE PRIMAVERA

Si con tal júbilo y entusiasmo se dedicó Guillermo á la vida campestre en el yerto y desapacible mes de Febrero, uniendo en una misma devoción á Julia y á la madre Naturaleza, gradúese qué le pasaría en Marzo, cuando los árboles comenzaron á vestirse de hojas y la tierra de variadas hierbecillas; y en Abril, cuando las golondrinas invadieron el valle, los ruiseñores dejaron oír sus cantos en setos y alamedas, y los viejos rosales del jardín y del huertecillo se llenaron de tiernos y fragantes capullos; y en Mayo, cuando todo el campo, y la huerta, y el monte, y hasta los riscos, se cubrieron de pintadas flores, y revolotearon las mariposas entre ellas, y las aves despertaban ya á la gentil Aurora á las cuatro de la mañana, y los grillos, las tórtolas y las lenguaraces huéspedes de los pantanos apenas dejaban á la noche cerrar los ojos, y el mundo (quiero decir, aquel vallejuelo) era como vasto diván arábigo preparado para el amor y la

voluptuosidad, en que hasta los dormidos elementos parecían cómplices del deleite...

Alegres cacerías, almuerzos sobre la hierba, cenas al aire libre, éxtasis á la luz de la luna, églogas en todos los picos de la montaña, idilios bajo todos los árboles del valle, mucho coronarse de rosas y de jacintos, mucho grabar sus nombres ó esculpir memorables fechas en cada chopo que les daba sombra, ó en cada peñón que les servía de asiento: tales fueron los recreos favoritos de Guillermo y Julia durante los meses de primavera.

Adelantaron entretanto rápidamente las obras proyectadas. El manantial de agua potable estaba ya escondido en pintoresca gruta, que se inauguró el día de San Antonio: la choza del viñedo, formada con zarzos de caña y ramas de pino, recordaba los bohíos de Indias ó las viviendas de los aduares africanos, y en la era de pantrillar daba ya al viento su bandera azul con estrellas de plata la antigua tienda de campaña del ingeniero. La gran presa del río estaba también medio concluída. Falta, empero, abrir la nueva acequia, cerrar el *lago*, encañar el surtidero de la cascada y terminar el estanque chinesco que había de convertir la *Glorieta del 1.º de Octubre* en *Isla de... Cleopatra*, fatídico nombre, que se empeñó en ponerle Julia. Total: quedaba todavía trabajo para dos ó tres meses, ó sea hasta principios de otoño.

La cuestión de hacienda se había arreglado noblemente, no sin algunas dificultades... Quejóse al principio Guillermo de los despilfarros de *la Pródiga* en el trato que le daba, y de que, con disimulo, estuviese haciendo llegar al cortijo muebles y efectos que, si bien útiles

y cómodos, no eran del todo necesarios... Pero ella le respondió atolondradamente: "¡Déjame!... ¡He vuelto á ser rica!" Se propasó él entonces á encargarse á Córdoba y regalarle dos soberbios caballos elegantemente enjaezados para señora, y Julia correspondió mandando á Sevilla por un piano, á Granada por dos magníficas tinas de mármol de Macael, y á Valencia por seis carros de azulejos con que revestir los nuevos cuartos de baño... Asustóse Guillermo; luchó y peroró denodadamente y al fin llegaron á esta transacción:

"Art. 1.º—El ingeniero abonaría de su bolsillo todo lo que se había gastado y se gastara en la presa, la acequia y el lago (cosa de dos mil quinientos á tres mil duros), con lo que aumentaría mucho el valor del cortijo y podría considerarse en su propia casa.

"Art. 2.º—Julia seguirá atendiendo, *sin meterse en lujos*, á todos los demás capítulos del presupuesto."

Es decir, que *la Pródiga*, por no herir la delicadeza de su huésped y amante, le consintió mejorar una finca... que ya no era de ella, sino del tío Antonio...; circunstancia que ignoraba y *había de ignorar siempre* el joven, por mandato expreso y terminante que de su señora había recibido el escrupuloso pero también obediente capataz.

A todo esto, José, triste y taciturno, se había arrimado mucho á Brígida, y mostrábase dispuesto á casarse con ella cuando se lo mandaran. El plazo marcado por Julia no era ya el 1.º de Noviembre, sino el 1.º de Octubre, solemnisimo aniversario de su primera entrevista con Guillermo, y día fijado también para la inauguración de la cascada del jardín y de la *Isla de Cleopatra*. Brígida es-

taba muy contenta y cada vez de mejor color. El tío Juan el mulero era sobrestante de las obras de fábrica, por no haber querido aceptar este cargo el tío Antonio, alegando achaques seniles y grandes quehaceres. El capataz y su mujer rezaban y callaban más que hablaban, y se habían avejentado mucho en tan poco tiempo; cosa rara en cuanto á la tía Francisca, pues trabajaba menos que antes, desde que Julia envió á la capital por un buen cocinero á fin de librarse de apuros. Finalmente: los demás naturales del *Abencerraje* seguían muy retraídos y acobardados con novedades tan estupendas, y dejaban en completa libertad á *los Señores*... Los que trabajaban en el campo se escondían prudentemente al verlos pasar, temerosos de que su presencia les incomodara ó avergonzase... Los niños habían recibido orden de no dar gritos de ninguna especie al divisarlos y de no salir, como en un principio, á su encuentro... Las mujeres casadas estaban siempre hablándose al oído... Las doncellas bajaban los ojos y callaban... Las viejas gruñían inarticuladamente. Y provenía esto de que pasaban meses y meses, y no había vuelto á hablarse del casamiento de Guillermo y Julia.

Pero nuestros amantes no reparaban en ninguna de aquellas cosas. ¡Eran muy dichosos..., ó, por lo menos, creían, ó, mejor dicho, *querían* serlo! Poseían un mundo entero para ellos solos, en el cual imperaban absolutamente. La misma Naturaleza parecía su esclava. El agua y los riscos mudaban de asiento á su voz. Tenían derecho de vida ó muerte sobre los árboles. La tierra producía cuanto ellos le ordenaban. Y, por lo que toca á los hombres, todos les obedecían sin rechistar; todos

eran sus inferiores... ¿Qué digo inferiores?... ¡Todos eran de especie distinta y subordinada á la suya! En fin: ni autoridades, ni leyes, ni costumbres ponían límite á su albedrío... El código del honor ó de la moral social no regía allí, pues que allí no existía la potestad llamada público. Y, en cuanto á Dios...

Dios fué, ó en nombre de Dios se produjo, la única nube que pasó por el cielo de sus amores aquella primavera... Poco duró, efectivamente, el conflicto, y no estaría de más compararlo á la peripecia dramática de rigor en todos los poemas pastorales ó bucólicos, sin embargo de que aquí se invirtieron los términos y no pudo decirse que el Mal turbaba las alegrías del Bien, sino que el Bien interrumpía los regocijos del Mal (dado que los partidarios del *amor libre* nos consientan estas calificaciones)... Pero, sea de todo lo que quiera, la cosa sucedió del siguiente modo:

Habían llegado y pasado el día de la Encarnación, y la Semana Santa, y el día de la Ascensión del Señor, y la Pascua florida, y el mismísimo día del *Corpus*, sin que nuestros enamorados fuesen, como todos los cortijeros, al lugar vecino á oír misa, ó al sermón, ó á confesar y comulgar; y, en vista de ello, el indocto Párroco de la feligresía se atrevió á escribirles una muy reverente, pero mal parlada y peor puntuada esquila, suplicándoles "que no afligiesen ni escandalizasen á los sencillos moradores del cortijo con aquella indiferencia religiosa de que nunca había habido ejemplo en la comarca, y que se dignasen ir á *cumplir con la Iglesia*, aunque sólo fuera por caridad hacia aquellos sus infelices prójimos, que no tenían más consuelo y amparo contra la pobreza y demás

adversidades, que su fe y esperanza en la Bondad divina..."

La carta iba dirigida á la *Señora Marquesa*, quien no vaciló en leérsela á Guillermo, diciéndole seguidamente:

—Tiene razón el Cura, y, si no hallas reparo en ello, debes ir á misa este domingo... Yo iba en las grandes fiestas... antes de que tú vinieses...

—¿Y por qué no vas también ahora?—preguntó el joven, sumamente contrariado por aquel asunto.

—Te lo diré con mi ruda claridad. Según lo demuestra toda mi historia, yo no le temo á Cristo... Si le temiese, no habría vivido tantos años, ni viviría hoy, fuera de su ley... Pero, como dice muy bien ese pobre Párroco, no es buena acción, ni aun en los incrédulos... (y yo no lo soy del todo), quitar su fe y su esperanza á los que las tienen, máxime si esas doradas ilusiones constituyen su único tesoro en el mundo...; y de aquí el que, cuando todos los habitantes del cortijo me creían *buena*, fuese algunos días á misa, por no escandalizarlos ni debilitar sus creencias religiosas... Hoy mi situación es muy diferente: hoy me juzgan todos *mala* en el mero hecho de vivir como vivo con un hombre que no es mi esposo, y no quiero que, al verme ir á la iglesia, me llamen hipócrita, ó que les parezca armonizable y compatible faltar á su Dios y visitarlo... ¡Esto los desmoralizaría más hondamente que el considerarme arrojada del templo é incapacitada de volver á él por estar en pecado mortal!... Creerán, en cambio, ahora mis colonos, al reparar en que no he vuelto á misa, que el Padre á quien ofendo me causa todavía algún temor, pues que le huyo; mientras

que, si me viesen entrar en su santa casa por otra puerta que por la del arrepentimiento y la penitencia; si me hallaran allí haciendo ostentación de mis pecados delante de sus sagrados altares, la fe de estos rústicos padecería mucho más que al suponerme condenada sin remedio... ¡Creo que he hablado como un libro!

—Has hablado tan perfectamente...—respondió el ingeniero,—que no tenemos para qué volver á pensar en este asunto... Tampoco le temo yo á Cristo, de quien soy muy partidario, ni iré á misa, ni le contestaré al señor Cura... ¡Cada cual es religioso á su modo, y yo lo soy al mío! Seguiremos haciendo todo el bien que podamos, ó sea dando mucha más limosna que asiduos visitantes de las iglesias; y quiero decir que, si al mismo tiempo causamos tal ó cual aflicción á estos fieles á quienes tan piadosamente socorremos, ¡váyase lo uno por lo otro!

—También tengo yo mis escrúpulos en esa otra materia...—respondió donosamente *la Pródiga*,—y te los voy á decir, aunque no sea más que por pasar el rato y para que admires las condiciones de mística y asceta que yo traje al mundo... y de que los hombres no me habéis dejado aprovecharme. Hablábamos de la limosna... Pues bien: desde que soy *mala* á los ojos de estos pobres salvajes, me da vergüenza de socorrerlos, y hasta creo que ellos se abochornan de ser socorridos. Parece como que soborno su inocencia, como que trato de corromper su sana moral, como que insulto á quien sabe que vale más que yo... ¡Y esto sin tener por otro lado en cuenta que también será muy ruinoso para su alma el ver que la caridad y el vicio, ó sea la virtud y la impiedad, pueden vivir amigablemente dentro de un mismo corazón!... Pero

dejémonos ya de tales primores, en que se complacía mi solitario espíritu cuando me sacaron del convento para casarme con el General francés, y á cuyo estudio, según ya sabes, había vuelto á entregarme de nuevo en esta soledad antes de conocerte..., y nunca más hablaremos de otro Dios que del vendado Cupido..., confiando en que el Eterno nos perdonará...

—Si quieres, Julia...—respondió gravemente el joven, hablaremos también del dios Himeneo... ¡Así quedarían orilladas todas estas dificultades!

—¡Casarme yo contigo!—exclamó ella, riéndose con cierta especie de lástima ó misericordia.—¡Jamás! ¡Prefiero mi deshonor al tuyo!... ¡Prefiero la censura del Párroco y el desprecio de mis campesinos, á ligarme á tus pies y á tus brazos como ignominiosa cadena! Y, pues que ya dijimos acerca de esto, en la ocasión debida, grandes verdades, que no habrás olvidado, doblemos también la hoja para siempre, y vámonos al jardín, que hace una hermosísima noche de luna, y los ruiñeños estarán echando de menos al dulce poeta que suele enseñarles á hablar de amor...

—Vamos, sí..., vamos...—repuso nuestro héroe;—y ya verás cómo las estrellas del cielo nos dicen allí que nuestro amor no es ningún delito.

Así terminó la nube de primavera que indicamos antes...

La tempestad de verano (pues también la hubo, como veremos en el capítulo siguiente) fué mucho más ruidosa y dañina, por estar el nublado más cerca de la tierra.